

M. van der Meersch
**CUANDO ENMUDECEN
LAS SIRENAS**



Roubaix, ciudad industrial de Francia, es el escenario de esta novela, en la que se relata el comienzo, desarrollo y terminación de una huelga general.

Libro duro, desgarrador, cuyo carácter documental describe la exaltada conducta de unos personajes que viven un turbulento período. Por una parte, surge la bestialidad dormida; por otra, el hambre aniquila las conciencias. De esta violencia sólo se salva la dulce figura de Laure, quien defiende con entereza al hijo que lleva en sus entrañas, y da a luz en el angustioso y total desamparo de su choza.

Dentro de su línea temática, el autor realiza un avance decisivo en la novela de carácter social.

A Madame Thérèse Denis

¡Avanzamos, avanzamos, avanzamos...! Vosotros vivís rodeados de calor, de luz, de la molicie. Nosotros avanzamos a través de la helada, de la tormenta, de la nieve profunda... No conocemos el descanso ni la alegría... Llevamos sobre nuestros hombros el peso de la vida, la nuestra y la vuestra... Avanzamos, avanzamos, avanzamos...

ANTÓN CHEJOV

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Aquel mediodía Fernande Drouvin había servido sardinas para comer. Los sábados el pescado se compraba barato.

Una vez terminada la comida, madre e hija se pusieron a lavar la vajilla, mientras el padre, Louis Drouvin, se iba a la taberna de Vouters a jugar a las cartas. En tanto guardaba la vajilla en el pequeño aparador, la madre hablaba de la huelga que iba a plantearse aquella misma noche, mientras Laure, su hija, de pie junto a la mesa, secaba los platos.

—¡Conque huelga general! —decía Fernande—. ¿Qué va a pasar esta vez? ¡Y todo por esos malditos seguros sociales! ¿No podían dejarnos en paz? ¡Diez por ciento! ¡De dónde van a sacar el dinero!

Se interrumpió para ordenar:

—Pon las espinas para el gato, Laure.

Laure dejó en el suelo el sucio papel en que había puesto las espinas, sentándose, luego, un momento en la sillita baja de asiento de cuero, en la que su padre gustaba de acomodarse por la noche para fumarse una pipa.

—Como si los patronos no pudieran pagar nuestro cinco por ciento de su bolsillo —proseguía la madre—. Con lo que ganan. Y, entretanto, nosotros, ya sin trabajo. Además de que nosotros no estamos enfermos, ¿y para qué queremos su seguro de enfermedad? ¿Por qué hemos de pagar nosotros por los demás?

Laure, sin abrir la boca, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos, miraba el fuego con expresión de cansancio. Se sentía ligeramente indispuesta; de vez en cuando le venían unas náuseas que la dejaban ma-

reada. El fuerte olor del arenque le revolvía el estómago, y la charla monótona de su madre le hería los oídos y le crispaba los nervios. Unos minutos antes, cuando estaba secando los platos, sintió como si el suelo de la cocina, lo mismo que la cubierta de un barco, diese vueltas y subiese y bajase de un modo raro. Fue a sentarse lo más aprisa que pudo.

A pesar de todo, Laure no era una mujercita predispuesta a desmayos y malestares sino que, por el contrario, era una muchacha robusta, de frescas mejillas y sangre generosa. Había heredado de su madre, flamenca, su pecho ancho y firme, y sus miembros fuertes. Sus ojos azules, de mirada alegre, su nariz corta, de ventanas abiertas, su boca carnosa, su tez blanca y rosa, y hasta el vello rubio que sombreaba su labio superior, hablaban de la juventud y de la perfecta salud de aquella criatura. Su opulenta cabellera, como de pálido lino, larga y abundante, de mujer del Norte, como las que antaño lucían las hadas, daba lugar a que en el barrio se la llamara «la hermosa rubia». Laure contaba veinte años.

Fernande, la madre, no se daba cuenta del malestar de su hija y continuaba soltando su lista de reivindicaciones, frotando al mismo tiempo la plancha de la hornilla, aún encendida. De su trapo se desprendía un humo acre de cosa quemada, que apestaba.

—¿Qué? —preguntó—. ¿No piensas tú lo mismo que yo?

Pero Laure ni siquiera la oía. Se sentía extrañamente enferma; quiso contestarle cualquier cosa, pero un algo intolerable le cosquilleaba la garganta. Tosió, y su tos por poco si acabó en vómito. Pudo aguantarse; Fernande no notó nada y Laure se levantó; salió de prisa, y respiró, aliviada, el aire fresco, la brisa ligera de aquel magnífico día de setiembre, calentado por un sol declinante.

Aquí, en el patio, Laure se sentía mejor. Se sentía revivir. Contemplaba ahora su «patio», el patio donde había naci-

do, y en donde siempre había vivido. Una enfrente de la otra, dos hileras de casas, seis de cada lado. Encaladas, con una franja pintada con alquitrán a ras del suelo, hubieran parecido uniformes, igualmente sucias, vetustas y medio derruidas a los ojos de un extraño. Pero Laure las conocía desde siempre, y la costumbre las hacía ver distintas. La puerta de la de los Boli, los negros, era la más sucia, toda ella arañada a puntapiés por los chicos. Unos visillos impecables daban una nota clara a la ventana de la vieja Elise. Una herradura de la suerte, colgada en la pared indicaba la vivienda de Honoré Demasure, el comunista. Y como muchos años atrás los Dauchy habían pintado de verde la puerta, las ventanas y los montantes de madera, su casa seguía llamándose, a despecho de quince años de sol y de lluvias, «la casa verde». A los ojos de toda aquella gente, no había duda de que seguía siéndolo.

Una espesa red de alambres tendidos a dos metros del suelo formaban como una sábana tupida por encima del «patio». Así colgaban la colada del sábado, una exhibición de harapos pobres y multicolores que el viento hinchaba y sacudía. Agachándose, Laure fue hasta el centro del patio, a los «comunes». Allí estaban la fuente y el retrete únicos, que servían para todos los inquilinos. Laure le dio a la bomba, y extrayendo un poco de agua se roció el rostro, con lo que se sintió reanimada, aunque no se atrevió a entrar de nuevo en su casa. El olor a arenque y a trapo quemado la volvían a poner enferma sólo con pensarlo. Cruzó el patio, y fue a llamar a la última puerta, cerca del pasadizo de salida; una puerta cuyos visillos blancos llamaban la atención. La vieja Elise abrió, y la hizo pasar.

Aquella Elise era una mujer ya de mucha edad. Tenía setenta años; una cara arrugada, la boca blanda y desdentada la nariz seca y recta, y unos ojos grises apagados detrás de los gruesos cristales de sus gafas con montura de hierro. Era una mujer de buen ver, siempre limpiísima, y con el pelo de un blanco de plata del que se sentía muy orgullosa, y

que se lavaba todas las semanas, dándole luego azulete para avivar su color de nieve. Vendía bombones a los niños, y verduras a todo el mundo. Su marido, Fidèle, tan viejo como ella, trabajaba, lo mismo que Laure, en casa de De-noots, en donde tenía un buen cargo. Esta pareja de ancianos vivían el uno para el otro, disfrutando de una tranquila felicidad. La gente les tenía afecto; Laure recordaba todavía la fiesta que el «patio» entero, toda la calle de Longues-Haies, dio con motivo de las bodas de oro del viejo matrimonio.

Elise, golosa, estaba bebiéndose precisamente un gran tazón de café, que saboreaba a pequeños sorbos.

—¿Un poco? —preguntó a Laure.

Y he aquí que Laure, casi desfallecida diez minutos antes, sentía ahora un deseo loco de tomarse aquel café. Bebió un gran tazón. Luego, sintió hambre; ¡con qué gusto hubiera comido algo! Miró, codiciosa, la hogaza de pan empezada que había quedado encima de la mesa. Lo necesitaba, y se atrevió a pedir una rebanada, que Elise le cortó riendo, sorprendida, no obstante, de aquel apetito.

—¿Qué te ocurre, hija? Nunca te he visto con tanta hambre como hoy.

—No lo sé.

Sin embargo, hubiera querido interrogar a la vieja, saber algo, poder calmar la inquietud que la roía desde hacía dos meses. Buscó un motivo y preguntó:

—¿Eran ustedes muchos hermanos en casa, Elise?

—Nueve. Yo era la mayor; así es que puedes figurarte lo que he visto...

—Debe de ser terrible eso de tener nueve hijos.

—Verás, no se puede decir que sea fácil. Hay los embarazos y...

—¿Es malo el embarazo?

—A veces. Hay algunas veces que se ponen enfermas...

Elise calló, miró a Laure, y no continuó; había un algo interrogativo en su mirada.

—¿Desde cuándo anda Jacques por aquí? —preguntó bruscamente.

—No lo sé —contestó Laure.

Se le encendieron las mejillas; no se atrevió a mirar a Elise, pero sentía sobre ella la mirada de la anciana. Aquello se iba haciendo intolerable... Terminó echándose a llorar, sollozando avergonzada, con la cara entre las manos. Elise seguía mirándola, esforzándose en adoptar una expresión severa.

—No está bien, Laure —le decía—, no está bien. ¿Por qué lo hiciste?

Laure, sin dejar de llorar, se encogió de hombros, en un gesto de incompreensión desesperada.

—¿Lo sabe tu madre?

—No —dijo la muchacha moviendo la cabeza.

—¿Y Jacques?

—Tampoco.

—Hay que decírselo y casaros en seguida...

Laure levantó la cabeza:

—No me atreveré nunca a decírselo, Elise. Tengo tanto miedo de que me deje, después de...

—No lo hará, no es mal chico.

—No; pero no quiere casarse, no sé por qué.

—¿Habéis hablado de ello?

—A veces, como sin darle importancia. Nunca me contesta; habla de otra cosa... Elise, sobre todo no vaya usted a decírselo ahora a mi madre...

—¿Por qué? Estas cosas no deben esconderse.

—Pero no sabe nada y mi padre tampoco. ¡Se llevarían un disgusto tan grande! ¿Y qué pasará después? Mamá irá a encontrar a Jacques, habrá discusiones, peleas, todo se irá a paseo y no me quedará más remedio que marcharme... No diga usted nada, Elise; ¡todavía no, por favor, todavía no!

—Bueno —dijo la vieja—. Después de todo, esto no es cosa mía. Pero estás equivocada, Laure.

Se hizo un silencio. Las dos mujeres reflexionaban. Laure, sentada; Elise, en pie, preparando el café para la merienda de su marido. En aquel momento, una forma blanca, una gata lustrosa y bien alimentada, salió de debajo de la mesa, rascando con la pata la puerta de la tienda; Laure le abrió. De un salto la gata entró en la tienda que daba a la calle y, pasando por encima de la puertecita que cerraba el almacén, desapareció.

—Fidèle no puede tardar —dijo Elise—. *Baptiste* ha ido a buscarlo.

Así se llamaba la gata. Fidèle la había traído un día, muy chiquitina, metida en un bolsillo. Se la regaló un tal *Baptiste*, amigo del anciano. Un *Baptiste*, en Roubaix, es un espíritu sin malicia. Y la gatita demostraba no tenerla; se dejaba pisar las patas y el rabo diez veces al día y huía de las ratas. Esta simplicidad de espíritu, así como el recuerdo del que se la había regalado, motivaron su nombre. Una mañana, no obstante, el supuesto *Baptiste* echó tres gatitos al mundo; sus amos se habían equivocado respecto a su sexo, pero le habían dado ya el nombre, y le quedó.

Goloso, cobarde, ladrón y holgazán, el gato *Baptiste* compensaba sus defectos con el cariño que profesaba a sus ancianos dueños. El animal sentía hacia Fidèle un afecto sorprendente. Sabía la hora de su llegada e iba a esperarlo al camino. Cuando la vieja Elise le veía partir, estaba segura de que Fidèle no andaba lejos.

En verdad, dos minutos después de la salida de *Baptiste* oyeron la campanilla de la tienda, y Fidèle entró con el gato en el hombro. Era un hombrecillo seco, flaco, de mejillas hundidas, ojos salientes y nariz ganchuda. Su bigote, recio y caído, le daba todo el aire de un celta. Tenía los gestos vivos y el porte nervioso, a pesar de los años. Se sentó en seguida a la mesa, delante del montón de pan y la taza de café que Elise le había preparado.

—¿Qué? —preguntó sin dejar de comer—. ¿Vas a ir al Sindicato esta noche, Laure?

—Sí —contestó la joven.

—¿Y qué vas a votar? ¿Por o contra?

—Todavía no lo sé. A pesar de todo, la huelga no me dice nada.

—No —confirmó Fidèle—. ¡La miseria para todos!

—Por otra parte, un cinco por ciento sobre el semanal es mucho también. Ya podrían aumentarnos un poco los patronos y así compensaríamos. Ya veremos; haremos como todo el mundo.

—Sí —dijo Fidèle—. Es lo único que se puede hacer; y, no obstante, empezar una huelga...

Permaneció pensativo unos instantes; luego, con la mano recogió todas las migas de la mesa, se las echó en la boca, levantando la cabeza, y, acercando la silla al fuego, sacó la pipa del bolsillo, la cargó y la encendió. Al otro lado de la estufa, Elise tejía unos guantes grises, con las gafas en la punta de la nariz y las largas agujas de acero debajo del brazo.

—Sí —prosiguió Fidèle—. Para mí todo esto es lo de la olla de barro que da contra la de hierro. De antemano se sabe cuál de las dos se romperá.

—Si eso se dijera siempre... —observó Laure.

—Siempre está bien decirlo, hija, créeme.

Baptiste, entretanto, había vuelto a subirse al hombro de su amo. Ronroneaba, arqueaba el lomo, frotaba la cabeza y el cuerpo entero contra la cara del viejo. Bigote contra bigote, entornaba los ojos de placer, y Fidèle, a su vez, besaba a su gato en la cabeza sin ninguna repugnancia. También él quería mucho a su *Baptiste*.

El reloj, un viejo cuco suizo de madera tallado, cuyo péndulo figuraba una hoja colgante, cantó las cinco.

Elise se levantó y tiró de las cadenas con toda precaución. Su viejo reloj era delicado y Elise lo cuidaba. Laure conocía de memoria el gesto familiar de levantar con suavidad, con los brazos tendidos, las pesas de hierro. Una vez terminada la operación, Elise se levantó las gafas sobre la

frente y miró, desde abajo y complacida, su reloj. En este momento solía sonreír vagamente. Dijérase que el viejo reloj y ella se conocían y compartían, como Fidèle y su *Baptiste*, sus costumbres y sus secretillos.

Todo ello respiraba una paz de otra época. Aquel interior oscuro, los muebles, que se veían cuidados y respetados, las cacerolas brillantes, todo aquel conjunto de cosas familiares que se habían vuelto amigas después de su largo servicio, los dos viejos y el gato, no pertenecían a esta época. Eran los supervivientes de la gente de antaño, de los antiguos obreros de Roubaix, sumisos, modestos, contentos en su mediocridad, satisfechos de aquel mínimo bienestar que habían sabido ganar poquito a poco. El propio Fidèle debía de sentirse retrasado en su siglo. La idea de la huelga, de aquel gran desbarajuste que les amenazaba, lo atormentaba, le producía una ansiedad inconfesada. ¿Qué harían Elise y él, cómo podrían adaptarse? ¿Qué sería de sus costumbres, de aquellas frágiles naderías de que estaba tejida su felicidad monótona y oscura?

La pipa de Fidèle se apagaba; lentamente, debajo de la cazoleta, iba formándose una gota de baba, pero el viejo ya no saboreaba su pipa. Contemplaba su cocinita, su estufa esmaltada, su aparador de pino macizo, las sillas de asiento de paja recién compuestas, y la lámpara de porcelana azul, montada sobre cobre bien bruñido.

—¡Ah! ¡Sí, la huelga! —repitió.

Y a los tres les pareció que con aquella palabra se cernía una sombra sobre la casita feliz...

CAPÍTULO II

Aquella misma noche, al atardecer, Laure acompañó a sus padres, a lo largo del bulevar de la Paix, a la reunión del Sindicato.

Iban de camino con los amigos del barrio. El padre de Laure, Louis Drouvin, discutía ya la huelga con Raoul Boli, el negro, y León Dauchy, ambos vecinos de los Drouvin. Detrás de ellos seguían las mujeres. Fernande Drouvin, la madre de Laure, charlaba con Jeanne Boli, una mujer de treinta años, menuda, pálida, de facciones gruesas y vulgares, pero cuya resignada bondad adornaba su vulgaridad con un no sé qué de melancólico y conmovedor. Boli, el negro, reinaba como dueño en su casa; tenía, según decían, la mano dura, y Jeanne Boli, aunque no se quejaba de ello, debía de ser muy desgraciada con sus tres hijos. Boli acababa de dejar la fábrica Laforge, donde trabajaba como chófer, a consecuencia de una serie de complicaciones que precisamente estaba explicando a Louis Drouvin. Para él, en realidad, la huelga había empezado ya. Iba al Sindicato, furioso, decidido a votar por la lucha a ultranza, hasta el final.

Louis Drouvin, hombre de temperamento pasivo, escuchaba sin decir palabra. Por el contrario, León Dauchy, un tipo alto, delgado, de tez de verde hiel, presuntuoso, declamando siempre y gustando de palabras solemnes, que destrozaba, al soltarlas, aprobaba vehemente a Boli y hablaba, con gestos exaltados de la esclavitud del proletariado que, esta vez, debía terminar. Dijérase que del dichoso cinco por ciento, primera causa del conflicto, dependía el porvenir definitivo de la clase obrera. Philomène, su mujer, le tiraba de la manga de vez en cuando, pidiéndole que

gritara menos. Detrás, sus tres hijas, amigas de Laure, se burlaban de él.

A la entrada del local del Sindicato, se hicieron taladrar sus carnets en el control, y entraron, apretujados, porque a las reuniones en las que iba a decidirse algo grave, acudía todo el mundo. Después de atravesar el patio de la panadería-cooperativa, se subía una gran escalera, llegando a la sala de reuniones.

Una vez allí, e inmediatamente, Laure buscó a Jacques con la mirada. Distinguía mal. El local estaba lleno ya de humo denso y azulado, donde el reflejo de las lámparas eléctricas formaba zonas de niebla lechosa. La sala era ancha y rectangular, pintada de rojo; filas de banquetas formando gradas, una galería, un escenario con telón y decorado le daban el aire de una sala de espectáculos. En efecto: allí; lo mismo se celebraban festivales que se pronunciaban las conferencias del Partido.

Aquel día, un inverosímil hacinamiento de público producía esa atmósfera tumultuosa, cálida y descontenta de las salas llenas con exceso. Las palabras no resonaban; era preciso gritar para hacerse oír del vecino.

No obstante, Laure distinguió, al fin, al fondo de la galería, a un hombre que gesticulaba exageradamente: Jacques.

—Ven por aquí, mamá —dijo a Fernande Drouvin.

Y, tras ellas, los Dauchy, los Boli, todo el mundo, subieron hasta las últimas filas de la galería en donde se sentaron.

Laure se arregló para sentarse junto a Jacques; a hurtadillas, le cogió la mano, y se quedó contenta, sin hablar. Jacques, por el contrario, excitado, rebosando entusiasmo, intervino en seguida en la conversación iniciada por Boli; él también era partidario de la huelga. Socialista convencido, apasionado por la política y por las cuestiones del Partido, entraba, por su parte, de lleno en la aventura, sin la menor vacilación, sin aprensión, con audacia, como si nada tuviera